



Darris
Wintherboth



Historia de
Personaje

INDICE

Capítulo I:	Paloma blanca	Pág. 3
Capítulo II:	En silencio	Pág. 4
Capítulo III:	El reloj de arena	Pág. 7
Capítulo IV:	Mi isla	Pág. 9
Capítulo V:	Cambio	Pág. 12

Capítulo I: Paloma Blanca

Una silueta avanzaba torpemente por el bosque rey. Iba envuelta en capas y túnicas de pieles e iba acompañada por un joven que portaba similares ropas. Avanzaban entre la espesura de la maleza. Iban armados con arcos y flechas de aparente calidad hasta que uno de los dos se cayó torpemente al suelo.

- *Mierda, nunca me acostumbraré a llevar estas tablas aquí plantadas!* – Maldijo una de las siluetas.

Se incorporó con ayuda del joven que le acompañaba y siguieron avanzando. El joven parecía mucho más diestro y ágil que la torpe figura que había tropezado. Continuaron avanzando hasta que encontraron de frente la finca de los Wintherboth.

- *Vaya una chabola, no creí que viviese gente aquí!* – La silueta más joven inició una conversación.

- *Ciertamente hijo, aquí no vive nadie, mira la maleza, tiene pinta de ser una casa de pastoreo o algo parecido. Creo que me he confundido de camino.* - Siguieron avanzando hasta que pasaron cerca de la puerta.

- *¡Vaya!* – gritó con alegría la figura que se tropezó. – *Como ha cambiado esto, no imaginé que estuviese en este estado, me alegra encontrarlo de nuevo.* – Se dirigió a la figura más joven – *Hijo mío! Aquí me crié yo antes de que nos engañasen aquellos estúpidos guardias.*

- *Vaya papa, mira, parece que hay algo escrito* – dijo la figura más joven. Herber se acercó a la puerta, leyó la nota y entre lágrimas clamó al cielo - *¡GRACIAS!*

El chico más joven, desconcertado le preguntó porqué daba las gracias y estaba tan contento.

- *Pequeño Darris, esta carta la ha escrito tu tío, no sé cuándo pero la ha escrito él. Dice que marchó al Valle de las Sombras a vivir allí, en Cormanthor. Supongo que nos dio por muertos. Ignoro que le habrá pasado. Pero sería un regalo maravilloso si tu abuela pudiera verle antes de su enfermedad se la lleve.*

Capítulo II: EN SILENCIO

Darris tiene ya 33 años. Lleva unos años viviendo en Cormanthor. Cuando llegó empezó trabajando como ayudante en la taberna y vigilante. La vida le ha tratado muy mal, ha sufrido bastante y, aunque ha sabido sobreponerse a las adversidades, es duro vivir sin tus seres queridos. Sin embargo, durante todo este tiempo, Varyahen Dévegan, un elfo, ha sido su mejor amigo y confidente, a pesar de que Darris está cerrado a sus sentimientos debido a todo lo que le ha pasado.

Todo marchaba bien en aquel valle hasta que, un día se anunció un asesinato. La plaza estaba llena de curiosos y morbosos que querían conocer más datos de aquel suceso, hasta que se comunicó en público el nombre de la víctima.

Manwell, un gran amigo de Darris acababa de ser asesinado. No sabía que le estaba pasando, porqué tanto sufrimiento y estalló en cólera. Varyahen, a su lado, puso una mano en su hombro intentando calmarle. Darris la apartó de un manotazo y se marchó a hablar con la guardia.

Ya en el castillo de la guardia, discutió con el mismo Lord Severo. Algunos de los guardias presentes no daban crédito a lo que veían. Lord Severo siempre fue un hombre muy admirado e incluso temido por su habilidad con las armas. Era el capitán del Brazo Férreo. Pero la escena de un vigilante de taberna discutiendo con el mismísimo Lord Severo parecía sorprender a todos.

Darris argumentó que no descansaría hasta buscar al asesino. Exigió entrar en la guardia, en el Brazo Férreo, pues no quería que su trabajo se considerase “obstrucción a la justicia” y por ello quería formar parte de la guardia.

Lord Severo pensó en un primer momento que sus motivaciones personales podrían arruinar toda la investigación pero algo le decía que no se iba a dejar llevar por la ira sin más, que aquél hombre, frío y calculador que osaba discutirle en su propio castillo era una pieza importante para esta partida por lo que optó en incluirle en la guardia.

Darris, marchó al día siguiente en busca de Varyahen, para contarle lo que sabían del asesinato. La guardia no aprobaba este tipo de colaboraciones, pero Varyahen era un buen explorador que sabría ayudar y mantenerse al margen a pesar de la escasa experiencia del elfo.

La víctima fue asesinada por una guadaña, detrás del almacén del pueblo. Varyahen estaba hablando con un tipo, parecía un mago, decían que se llamaba Elmanster o algo así, pero a Darris no le interesaban los magos.

Varyahen se mostraba reacio, creía que no iba a hacer nada en este caso pero se equivocaba. El apoyo moral que aportaba a Darris era muy grande, y le ayudaría muchísimo para resolver el asesinato.

Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas como parecían. Dos días después asesinaron a un clérigo de Lathander, con dagas. Esto haría pensar en un primer momento que son asesinos diferentes, al usar armas diferentes, pero en un pueblo donde no había asesinatos desde hace cinco años resultaba extraño, por lo que esa consideración no se tuvo en cuenta.

El aprecio que siente Darris por Varyahen es mutuo, pues este le recomendó no entrometerse demasiado, temía por su vida. Varyahen es muy joven, para ser elfo, y ha vivido siempre en paz con todos sus seres queridos cerca. Ahora está muy lejos de su familia y los pocos conocidos y amigos que tiene no quiere que sufran ningún daño.

Dos días después, Varyahen encontró una nueva víctima, una doncella. El elfo tuvo suerte, pues minutos antes y se encontraría con los asesinos. La zona estaba cerca del castillo de Lord Severo, en un lago donde Varyahen iba a pescar con frecuencia. Encontró una huella bastante pronunciada que aprovechó para plasmar en su cuaderno de viaje, sería de utilidad. Era de bota ligera y a juzgar por la presión debía haber sido causada por un elfo o semielfo, alguien ligero.

Además encontró una carta de la doncella dirigida a Darris, temió si dársela o no. Sabía que era labor del guardia encontrar al asesino pero temía que sufriera algún daño.

Sin embargo hubo una sorpresa. Varyahen hablaba de lo sucedido con Vondrak, un mago, comentando que creen que se trata de un elfo calvo, cuando Vondrak de inmediato le dijo que había visto a uno, hablando con Darris. Varyahen se asustó y corrió al lugar en cuestión.

Darris le pidió que se alejase, estaba armado y era una conversación de la guardia. Así lo hizo, se alejó. Lo suficiente como para que sus picudas orejas le permitiesen escuchar la conversación. Además Vondrak se unió al espionaje. Sin saber cómo, de repente el asesino intentó escapar. Varyahen se asomó y sin pensarlo dos veces disparó con su arco, una flecha que a pesar de impactar en el hombro del asesino no le derribó.

A los pocos segundos el ágil elfo, el asesino, estaba intentando apuñalar a Vondrak. Darris había crecido de repente casi la mitad de su tamaño, medía ahora casi tres metros y perseguía al elfo, para dejarle finalmente inconsciente de un golpe de espada.

Le amordazaron y se dirigían a llevarle al castillo de Lord Severo cuando de pronto, aparecieron dos hombres con negras túnicas. Decían ser monjes del culto al dragón de hueso, pero ni Darris ni Varyahen sabían de qué se trataba aquello.

Los monjes amenazaron. Querían al asesino para ellos, pero Darris dijo que si se acercaban le mataría. Ahora parecía aflorar la ira por haber perdido a su amigo. Sin embargo aquello no pareció importarles a los monjes que se lanzaron al ataque.

Varyahen fue el primero en hacer algo y también en dejar de hacerlo. Hirió al monje para justo después recibir una patada en la cabeza que le hizo caer al suelo. Sin embargo pudo ver como la espada de Darris impactaba contra su cabeza por lo que una ráfaga de tranquilidad surcó su cuerpo antes de caer desmayado.

Darris consiguió acabar con el otro tras recibir un certero puñetazo en la cara que le hizo una fea herida en la ceja, pero los puños de los monjes no hacían nada comparado con Cárvegil que con tanta ansia blandía Darris.

Finalmente, el asesino fue apresado y Varyahen se despertó con una contusión. Darris con unas pequeñas heridas en la cara pero, por suerte, se atrapó al asesino y la normalidad comenzó a invadir de nuevo el pueblo.

Capítulo III: EL RELOJ DE ARENA

Si alguna vez me preguntaran cuantos años tengo, sin duda diría la verdad, 33, si me preguntaran cuantos años he vivido, diría que creo que 40. Pues durante dos minutos, pude sentir que el tiempo se detuvo, que todo iba más despacio, parecieron 6 años aquellos míseros 2 minutos.

Todavía lo recuerdo, recuerdo como si mi vida fuera un reloj de arena. Recuerdo como si cada grano tardara una eternidad en caer. Como se precipitaban unos encima de otros, tan despacio que podía contarlos, esperando el momento justo para volver a caer a la velocidad normal y poner fin a todo.

Aquello era una pesadilla, y es en las pesadillas donde cada elección que haces es siempre la incorrecta. Trato de borrar aquellos momentos, pues aunque he sufrido heridas en batallas, fue aquella vez la más cerca que estuve de la muerte. Ni si quiera la primera vez que fui a la guerra tuve tanto miedo durante tan poco tiempo.

Éramos 4 o 5 personas, recuerdo a Varyahen y también a un Kobold que no sé porqué, me empecé en creerle y ayudarle. Era una extraña y lúgubre caverna que nos disponíamos a explorar. Buscábamos un ogro, no había visto ninguno, y si lo pienso fríamente, nunca vi ninguno, pues creo que no me dio tiempo a fotografiar su apariencia en mi memoria. En la primera estancia de la cueva encontramos formaciones rocosas singulares que parecían mirarnos fijamente. Juzgándonos a cada paso como si por ser inertes tuvieran la facultad de hacerlo. Las antorchas creaban sombras con formas fantasmagóricas que hacían creer a todos que nos encontrábamos en el peor de los sueños del que nunca despertaríamos.

Los pasillos eran estrechos y el estridente sonido del fuego contrastaba con las goteras que se escuchaban a lo lejos y cuyo sonido llegaba a nosotros a través del eterno eco con el que podríamos mantener una conversación de haberlo querido.

Atravesamos cien metros de corredores hasta llegar a una estancia bastante amplia. Lo suficiente para permitir a un dragón dar un par de saltos, si es que lo hacen los dragones. Mirando a ambos lados pude apreciar una luz, que se hacía más grande hasta que pasó a mi lado en forma de flecha incendiaria. Rápidamente, Varyahen, que estaba a mi lado y podía ver en la oscuridad, disparó dos flechas al mismo tiempo acabando con las dos amenazas que yo ni si quiera sabía que existían.

Al parecer, el inexperto elfo era mortífero con el arco, a pesar de que su inocencia y amor por la paz y la tranquilidad pareciera frenarle en la batalla, se volvía una certera amenaza para cualquier enemigo que osase desafiarle a distancia.

Seguimos avanzando hasta que allí lo vimos. El enorme ogro medía casi cuatro metros, o veinte, no lo sé, solo recuerdo al Kobold corriendo a por él, por lo que no sé por qué diablos fui tras él a ayudarlo.

Quizás me recordó a un niño, con disfraz de lagarto y con diez años a sus espaldas sin un baño, pues aquel Kobold olía a pescado podrido. Quizás fue eso, la inocencia del Kobold, similar en parte a la de Varyahen, la que me hizo correr a ayudarlo.

Cargué contra el enorme animal golpeándole en el pecho con mi espada, pero aquello parecía no hacerle daño, a pesar de que podía ver como mi espada estaba empapada en sangre. No sé si vi al ogro tambalear o no, lo que estoy seguro es de ver su garrote. Se movía a una velocidad pasmosa, hasta que conseguí frenar su avance. Con mi cara.

El ogro me impactó en el yelmo y la fuerza fue tal que me destrozó la visera que estaba completamente reforzada. Volé varios metros, o eso dicen, hasta golpearme contra unas rocas puntiagudas que se encontraban en la pared de la enorme estancia.

La visera se partió clavándome esquirlas en la piel, me destrozó el tabique nasal y lo peor, el resto del trabajo, lo hizo la pared. El golpe fue tan fuerte que terminó por quebrar el yelmo y mi cabeza. La pared tenía una fantasmagórica mancha de sangre que parecía decir a todos un extraño mensaje en lenguas ya olvidadas. Un mensaje que no gustaba a nadie, y menos, a Varyahen, que arremetió contra el ogro mientras, corriendo, le lanzaba dos flechas del mismo modo que había hecho a los trasgos hace unos segundos.

Al parecer, mi impacto con la espada le hizo bastante daño, ya que Varyahen supo a dónde dirigirse, al mismo lugar, donde dos flechas impactaron, haciendo recular al ogro. Fue en ese preciso instante, cuando Varyahen, con un estoque que juraría era de alambre, saltó clavándose en un ojo. Intentó sacarlo mientras se encontraba en el aire pero Varyahen se cayó al suelo.

El enorme animal se tambaleaba peligrosamente y Varyahen temía que cayese al suelo encima de él. Pero por suerte no fue así y la amenaza cayó al frío suelo de la caverna. Varyahen corrió a atenderme, pero todos decían que ya era demasiado tarde.

Dos minutos pasaron desde que Varyahen disparó a los trasgos, hasta que el ogro me golpeó. Fueron los dos minutos más largos de mi vida. Corriendo hasta el ogro, entablado un combate con una bestia dos veces más grande que yo, y recibiendo el impacto más fuerte que jamás habría imaginado.

Eso me haría recapacitar después, pero no lo sabía, pues para mí, el reloj de arena no se había parado, ni si quiera los granos de arena habían vuelto a caer a la velocidad normal. El reloj se había roto, por completo y los granos de arena se habían convertido en un enorme océano en el que a duras penas conseguía mantenerme a flote.

Fue aquí donde me rendí, donde dejé de agitar los brazos para dejar que la marea y la gravedad hicieran el resto. Ese día, mi reloj de arena se rompió y yo con él. Me hundí.

Capítulo IV: Mi isla

El sonido de unas gaviotas ondeando sus alas por el cielo y el piar de pájaros silvestres me despertó. Al mirar al cielo los ojos me quemaron durante un segundo. Hacía mucho sol y mis pupilas se contrajeron dejando pasar muy poca luz a mi retina.

Me incorporé y me encontré en una extraña isla. El sol brillaba con fuerza, pero aún así hacía frío y aún así, sudaba, como si llevase dos semanas enfermo y mañana fuese a dejar de estarlo... para morir.

Miré a mí alrededor mientras me tocaba la cabeza. No tenía ninguna herida, el horizonte estaba lejano, sin ningún movimiento. Las aguas calmadas como si no hiciese viento, como si nunca lo hubiera hecho. Parecía un enorme suelo de cristal, el mar no se movía.

Miré al cielo y de repente empezó a llover. Llover con fuerza. Parecían dagas afiladas que golpeaban mi cuerpo haciéndome caer al suelo. Parecía como si encima tuviese una tonelada de peso que me impedía levantarme. Como si miles de problemas, de sentimientos encerrados se hubieran convertido en piedras que cargaba sobre mí.

Hice fuerza, toda la que pude, pero resultó en vano. Me rendí, de nuevo, cuando de pronto comencé a caer hasta golpearme con un negro suelo. Miré a los lados pero no había nada, solo oscuridad. Sin embargo, podía verme con total claridad, como si la oscuridad no existiese, como si fuera una habitación pintada de negro en la que no puedes diferenciar el suelo de las paredes.

De pronto, todo comenzó a esclarecerse y una figura se acercó a mí. Portaba la espada de mi abuelo y me golpeó con ella. Desperté en mi vieja casa, en el Bosque Rey, en esta ocasión el huerto y los matorrales estaban recortados y la casa parecía más nueva. Miré por la ventana y vi a dos niños que no conocía y a sus padres, también desconocidos para mí. Sin embargo, vi como el padre, dejaba un escudo y una espada en una esquina de la estancia. ¡Eran las armas de mi abuelo! ¡Qué diablos hace ese tipo con ellas!

Fui rápidamente y abrí la puerta de la vieja cabaña. Al entrar me encontré en una enorme estancia de piedra como el castillo de un senescal. La estancia tenía enormes ventanales y era ovalada. Me encontraba en una de las puntas del óvalo mientras a los lados grandes columnas se erigían contra mí.

Comencé a caminar al lado opuesto y pude apreciar que a través de la ventana no se veía nada. Absolutamente nada, jamás podría describir lo que veía, pues no conozco la descripción de la nada. Allí apareció el padre del niño que había visto y comenzó a hablarme.

- Darris, soy tu bisabuelo, Galadan Wintherboth. Y estoy orgulloso de ti.

No pude articular palabra, pero aquél hombre, que decía ser mi abuelo, siguió hablando.

- *Estoy orgulloso porque hayas seguido la senda de Tempus como hice antaño. Ni tu bisabuela, ni tus abuelos ni tus padres lo sabían. Solo conocían de mí el pasado de guerrero, pero no el de cruzado.*

- *Lo creas o no, todos tenemos visiones, a todos se nos ha aparecido algún Avatar de alguna u otra forma, solo que no nos damos cuenta. Solo los más aptos pueden discernir qué es realidad de qué no lo es, solo los mejores pueden diferenciar lo real, lo terrenal, de lo divino, y son en ellos en quién confían los dioses.*

- *Una vez, tiempo atrás, me enfrenté a un demonio. Era joven, debería tener tu edad o incluso algún año menos. Era temerario, entré en una cueva con unos amigos, queríamos alcanzar el poder y la riqueza, aunque yo no lo tenía tan claro.*

- *Allí apareció, un enorme humanoide de roja escamosa piel. Cráneo calavérico y llameantes alas, blandiendo una espada que bien podía servir de viga maestra para la torre más alta de Faerun.*

- *No recuerdo más, solo que me desperté en aquella cripta y las alas del demonio ya estaban apagadas. Realmente no sé si era un demonio o un diablo, pero lo que si se es que cometí el error de quedarme con su espada que ahora medía menos y es la que siempre llevas contigo.*

- *La espada tiene unas extrañas runas, que según un mago me dijo una vez, significan algo así como "Sigue tu camino" pero ese mago leía mensajes hasta en las barras de pan.*

- *La espada comenzó a pesarme toneladas cuando cumplí los 57 años. Lo posé en el suelo de la estancia principal de casa y me armé de valor para colgarlo en la pared, aunque cuando lo hice no pesaba nada.*

- *Tu abuelo intentó cogerlo y pudo desengancharlo de la pared, pero era muy joven y murió por el poder de Cárvegil. Tu padre también lo intentó pero no pudo con ella, pero tú, no solo has podido sino que lo has sabido utilizar. Te has enfrentado a enemigos muy poderosos, de hecho, fue el último enemigo el que te trajo aquí.*

- *¿Recuerdas aquél enorme ogro? Con una espada normal no le habrías hecho daño, pero tú sí, le conseguiste abrir una pequeña herida. Eso es porque vas por el buen camino hijo. Cuando recuperes la senda que los Wintherboth tienen destinada, no solo la herida será más grande, sino que podrás partir a ese ogro en dos de un solo golpe.*

- *Recuerda, cuida las cosas que quieres, ten cerca de tus amigos siempre y protégeles con tu vida. No tengas miedo a morir, no lo harás si no es tu destino. Interponte a las flechas que vayan a tus seres queridos, enfréntate y desafía a todos tus enemigos pero no dejes atrás a tu pasado.*

- No eres un Paladín de Torm, eres un Cruzado de Tempus, no buscas la ley y el bien, recuérdalo eso hijo mío. La ley, el bien, el caos y el mal, todo está entrelazado, no pueden existir sin sus opuestos. Tú, hijo mío, buscas la paz, buscas la tranquilidad y el placer de estar con tu familia y tus seres queridos, pero solo podrás hacerlo a través de la guerra, a través de Tempus, ese es nuestro sino, nuestro destino, el camino que debemos seguir. Y cuando empieces a hacerlo, Cárvegil te ayudará en ello.

Atónito, intenté preguntar quién era Cárvegil, pero la espada de mi padre comenzó a flotar en el aire.

- Yo soy Cárvegil. El espíritu del Bálor que tu bisabuelo relató en su historia. Permaneceré siempre en esta espada. Siempre te ayuda...

La voz proveniente de la espada se vio interrumpida por mi bisabuelo.

- No te dejes embaucar por la espada. Es muy poderoso y solo quiere usar a su portador como recipiente para sus fines. Es un Bálor, que por suerte o por desgracia reside en tu espada, en Cárvegil. Por desgracia porque si te dejas embaucar, si te dejas guiar por la arrogancia y el ansia de poder, quién sabe en qué podrás convertirte, el Bálor podría formar parte de ti, usarte para sus planes, podrías matar a todos tus seres queridos... Sin embargo, por suerte, si aprendes a manejarlo será el arma más letal que jamás conozcas, pero para que ese día llegue, deberás seguir la senda de los Wintherboth. Deberás progresar como Cruzado de Tempus y Cárvegil lo hará contigo, hasta convertirse en una poderosa arma que te permita librar las batallas necesarias para poder lograr la paz, pero ante todo recuerda, el bien y el mal, no son más que las mismas ideas, con distinto nombre y puntos de vista diferentes, no te dejes embaucar por ninguna de ellas, no te salgas de tu cauce.

- Ten cuidado, úsala con mesura, no podrás deshacerte de la espada nunca, así que si abusas de su poder, entrarás en una espiral de arrogancia y puede que pierdas la vida. Piensa dos veces antes de pedir a la espada cualquier ayuda.

CAPÍTULO V: CAMBIO

Me desperté en la posada del pueblo, tenía mi capa de jabalí cubriéndome, un vaso de agua en la mesita, mi escudo reposaba sobre la pared, y mi espada, ¿Cárvegil? lo hacía junto a él.

Me llevé la mano a la cabeza me dolía mucho, tenía toda la cabeza vendada, y pude darme cuenta de habían pasado varios días desde que estaba en cama. Porque aquella habitación olía realmente mal, o quizás era yo.

Mi abuelo dijo que a todos se nos presentan avatares, ¿sería él uno de ellos? ¿Sería un avatar de Tempus? ¿Una representación? ¿O quizás mis ansias por encontrar a mi familia perdida me hacían tener esta clase de sueños?

La verdad es que Galadan se parecía mucho a mí, físicamente hablando, pero también a papá y al abuelo, pero dijo que ellos no pudieron coger nunca la espada de la pared. Lo cierto es que nunca les vi hacerlo, pero a mí no me costó nada y casi no sabía quién era Tempus cuando las cogí.

Sea lo que sea, el golpe, el estar cerca de la muerte y por qué no decirlo, el extraño sueño, me han hecho recapacitar, creo que voy a mantenerme cerca de mis amigos y de mis seres queridos pues, sea verdad o no toda la historia que me contó, tiene razón en que solo queremos una vida tranquila y pacífica. Pero... ¿qué no olvide mi pasado? ¿Qué no olvide que mis emociones me llevaron a matar a sangre fría? Es un capítulo de mi vida que creo olvidado, pero a veces reaparece en frías noches ahogadas en sudor.

Darris se reincorporó y cogió sus bártulos. Se colocó el fardo y el escudo a la espalda cubiertos por la capa de jabalí mientras se apoyaba en la espada, pues todavía estaba convaleciente. Bajó abajo y preguntó por Varyahen, quería hablarle de lo sucedido. Vondrak era mago, pero era humano y estaba un poco loco, quizás no interpretaría bien sus sueños, sin embargo Varyahen, era elfo, joven y algo inexperto, pero esos seres están rodeados de magia, tienen historias fantásticas en sus pasados y seguramente podría ayudarle.

- *¿Dónde está Varyahen? Desde el golpe no le vi.* – Preguntó Darris.

- *Se ha marchado, el día que te trajeron, dijo que tenía que buscar su destino, que no podía esperar, me dijo que te avisase si te viese.* – El camarero dejó atónito a Darris.

- *¿Y cuanto tiempo llevo en cama? ¿A dónde se marchó?* – Darris quería mantener cerca a sus amigos.

- Llevas 10 días en cama, no sé cómo estás vivo, deberías comer algo, marchó rumbo a la costa de la espada, a Athkatla.

- ¿10 días? ¿Es eso posible... ¡¡Athkatla!!? ¿Estás seguro? – Darris estaba anonadado.

Entró a la cocina y cogió algo de comer, el tabernero no le dijo nada. Lo metió en su fardo y se marchó. Justo cuando salía por la puerta...

- Si alguien pregunta por mí, estoy en Athkatla, y si te preguntan qué hago allí, estoy con un tal Galadan. - Salió de la posada y se marchó.